

Los cisnes aragoneses. De Marcial a nuestros días

Rosendo Tello Aína

Palabras de presentación de la obra, *Los cisnes aragoneses. De Marcial a los penúltimos poetas*, el 3 de diciembre de 2013, en el Ámbito Cultural de El Corte Inglés, de Zaragoza

Mucho antes de iniciar mi tesis doctoral, en el vigor de mi edad adulta, concebí la idea de acometer y de redactar una *Historia de la poesía aragonesa*. Fue una idea que me apasionó durante un tiempo, en parte coincidente con el intento de fundar la revista de poesía *Albaida*. Por entonces nos reunimos en nuestra casa con Ana María Navales y Juan Domínguez Lasierra, con los que nos unía una estrecha amistad. Hablamos de la revista que yo intentaba fundar y acogieron con mucho gusto el proyecto, decidiendo tomar parte en el mismo. Yo les propuse el título: se llamaría *Almedina Albaida* porque la revista iba a aparecer en nuestra ciudad. Ana María, con criterio perspicaz, propuso eliminar el nombre y dejar el adjetivo, *Albaida*, y así quedó, más elemental y más sugerente.

Cuento esto porque recuerdo que, antes de intentar emprender el proyecto de la revista, estaba en pie el proyecto antedicho, el de mi *Historia de la poesía aragonesa*. Yo pensaba en un espacio concreto que se iba a proyectar en un espacio español y universal, un microcosmos convertido en macrocosmos, como un mandala de la tierra de Aragón. La cultura árabe, que yo concebía como la más lírica por su imaginación y sensibilidad, tenía su exponente en Almedina Albaida, la ciudad de Zaragoza, de ahí el nombre de *Albaida* para la revista.

Cada número de *Albaida* llevaba en su solapa una cita de un poeta andalusí, o de algún historiador que recoge las características de la ciudad. Uno decía:

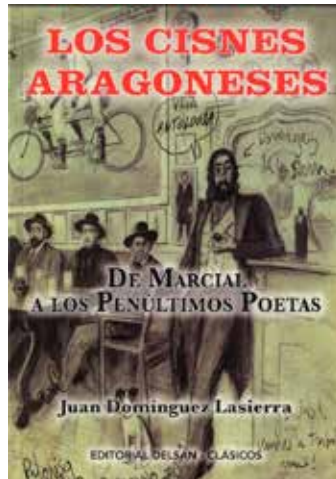
Zaragoza es una de las principales ciudades de España. Sus calles son anchas y sus edificios muy hermosos. Rodeada de jardines y vergeles. Zaragoza lleva también el nombre de Almedina Albaida (la ciudad blanca) porque la mayor parte de sus casas están revestidas de yeso y de cal. Por encima de ella

hay una luz blanca por el día y por la noche, con el tiempo sereno y con la lluvia. Una de las particularidades más notables es que allí nunca se ven serpientes. Cuando a un reptil de esta clase se le transporta de fuera y se le introduce en la ciudad, muere al instante.

Las afirmaciones últimas de la cita aluden a unos ofidios, quizá reales, que para mí ofrecen un simbolismo que intentaré descifrar. Las serpientes estaban fuera de las murallas de la ciudad, no dentro; el peligro viene de fuera, porque hay serpientes, enemigos que buscan la perdición de la ciudad. En la Zaragoza de hoy y en el Aragón actual, no existen fuera serpientes o enemigos culturales, porque los de fuera vienen a fomentar y dar brillo a la cultura nuestra. Las serpientes, al contrario de lo que ocurría en la Zaragoza antigua, son los enemigos que surgen de dentro; los que constituyen un taifismo en contra, unos corpúsculos y capillas, unos en contra de otros, lejos de convivir en verdadera fraternidad y comportamiento, en unión y libertad.

He mantenido a lo largo de los años, contra un enemigo de dentro, las mismas ideas que quise salvar y poner en práctica con el intento que intentaba desarrollar. Todo quedó en un sueño. Realicé mi tesis doctoral y me dediqué a escribir sobre revistas aragonesas y autores aragoneses y españoles. He compilado también una antología de los poetas aragoneses de Niké.

Afortunadamente, hoy nos sorprende con una obra maestra Juan Domínguez Lasierra, un gran amigo, que ha venido a cumplir mis sueños y los sueños de los que deseaban lo mismo que yo, una historia sobre la poesía aragonesa. Juan ha cambiado la titulación usual por otro título más hermoso, mitológico y lírico,



Los cisnes aragoneses. Ha tomado el nombre de Andrés de Uztaarroz, que compuso su meritísima antología con el título de *Aganipe de los cisnes aragoneses/ celebrados por el clarín de la fama*, con dos versos de abolengo clásico y renacentista. Juan ha acumulado una larga experiencia de muchos años: ha estudiado todas las revistas de Aragón; ha visto las antologías de poetas, las obras de estudiosos y eruditos, algunos de cuyos versos aparecen aquí; ha manejado escuelas y tendencias, ha conseguido traducciones de poetas latinos, árabes y hebraicos, etc.

Además de conocer muy bien la Antología de Andrés de Uztaarroz, conoce y estudia a Ricardo del Arco, a Gómez Uriel, a José Manuel Blecua, a Castro y Calvo, a Induráin, a Ildefonso-Manuel Gil, a Lázaro Carreter, a Alvar, a Antonio Ubieto; todos ellos grandes maestros de la cultura aragonesa. Conoce también todas las obras de los eruditos de la generación siguiente, críticos de poesía y novela y, por supuesto, se ha “codeado”, dice, con Marcial, Gracián y Benjamín Jarnés.

Se puede decir que la obra de Juan es una antología de antologías. Ha realizado un trabajo lúcido e intenso. La obra abarca desde los poetas hispano-romanos hasta el siglo XX completo. A los poetas hispano-romanos siguen los poetas andalusíes (islámicos, aljamiados, hebraicos-españoles y sefardíes), los poetas medievales (juglares y cortesanos), los poetas renacentistas (la transición, renacentistas en varios géneros y humanistas neolatinos), los poetas argensolistas y barrocos (antecedentes, la era argensolista, bajo la estela de Góngora, otra liras barrocas, las damas culteranas), los poetas clasicistas e ilustrados, los poetas románticos y costumbristas (la pulsión romántica y la generación de la revista *Aragón*).

Y así llega al siglo XX con un estudio tan exhaustivo y pormenorizado que resultaría imposible detallar en el breve espacio de tiempo de esta intervención.

La primera mitad comprende los poetas modernistas, los poetas del grupo Atheneum o antiultraístas; los poetas de la Generación del *Noreste* o el 27 aragonés; los poetas de la Generación del 36 y los poetas de la post-guerra. La segunda mitad abarca el grupo de Niké (poetas de la Generación del 50 y del 60); poetas de “Senderos que se bifurcan”; poetas de la fábula y los penúltimos poetas. Finaliza con “El futuro es poesía”, poetas que han publicado en el S. XXI y que solamente se nombran.

Sólo un estudioso que ha dedicado su vida entera a la literatura y a la poesía, con sensibilidad, inteligencia, cultura y enorme trabajo, puede haber confeccionado una obra así. “Pero alegrémonos —dice Juan Domínguez Lasierra— de poder acercarnos al festín al que algunos pocos elegidos fueron invitados por las musas o gozar de la llama que otros elegidos han podido arrebatar al egoísmo de los dioses: la claridad de la belleza o el fuego de la verdad, por poner solo dos ejemplos, aunque si, como algunos hacen al identificar ambas cosas, será poner uno solo”.

No creo que las serpientes de dentro, el género de los poetas vivos,

genus irritabile vatum, pongan pega alguna a esta obra, pues todos entran en ella, o casi todos... Esos cisnes aragoneses, que cantarán con voces armoniosas en lo alto de las librerías.

Felicito a Juan por haber realizado este trabajo sin par. En algún lugar estará quien mejor valorará esta obra, Ana María, cisne entre los cisnes, como en su dedicatoria la denomina Juan. Enhorabuena.